



El tiempo y el espacio

Escrito por Julio Camba (España 1882–1962)

Tengo algo urgente que discutir con un amigo. Por supuesto, el amigo dice que hoy no puede ser.

–¿Mañana...?

–Muy bien. ¿A qué hora?

–A cualquier hora. Después de almorzar, por ejemplo...

Yo digo que eso no es una hora. “Después de almorzar” es algo demasiado vago, demasiado elástico.

–¿A qué hora almuerza usted?–le pregunto.

–¿A qué hora almuerzo? Pues a la hora en que almuerza todo el mundo: a la hora de almorzar...

–Pero ¿qué hora es la hora de almorzar para usted? ¿El mediodía? ¿La una de la tarde? ¿Las dos?

–Más o menos...–dice mi amigo... Yo almuerzo de una a dos. A veces no almuerzo hasta las tres... De todos modos a las cuatro siempre estoy libre.

–Entonces, ¿a las cuatro?

Mi amigo asiente.

–Claro que, si llego unos minutos tarde–añade–, usted me puede esperar, ¿verdad? Quien dice a las cuatro, dice a las cuatro y cuarto o a las cuatro y media. En fin, de cuatro a cinco estaré sin falta en el café.

Yo quiero ser exacto.

–¿A las cinco?

–Muy bien. A las cinco... Es decir, de cinco a cinco y media... Uno no es un tren, ¡qué diablo!

–Pues citémonos para las cinco y media –propongo yo.

Entonces mi amigo tiene una idea brillante.

–¿Por qué no decimos a la hora del aperitivo?–sugiere.

Seguimos discutiendo para fijar en términos de reloj la hora del aperitivo.

Finalmente quedamos en reunirnos de siete a ocho. Al día siguiente dan las ocho, y claro está, mi amigo no viene. Llega a las ocho y media echando el bofe y no me encuentra.

–No es justo– exclama días después al encontrarnos en la calle–. Me hace usted fijar una hora, me hace usted correr, y no me espera ni diez minutos. Yo llego a las ocho y media en punto y usted no está esperándome.

Y lo más curioso es que la indignación de mi amigo es auténtica. Para él, la puntualidad es algo completamente absurdo. Lo lógico, para él, es llegar media hora, tres cuartos de hora o una hora después.

Pero –le digo– una cita es una cosa que tiene que estar tan limitada en el tiempo como en el espacio. ¿Qué pasa si tenemos una cita en la Puerta del Sol y yo voy a Cuatro Caminos? Pues eso digo yo de usted cuando tenemos una cita a las ocho y usted no llega hasta las ocho y media. De despreciar el tiempo, desprecie usted también el espacio. Y de respetar el espacio, ¿por qué no considerar también el tiempo?

–Pero con esa precisión, con esa exactitud, la vida sería imposible –opina mi amigo.

–¿Cómo explicarle que esa exactitud y esa precisión sirven, al contrario, para simplificar la vida? ¿Cómo convencerle de que, llegando puntualmente a las citas, se ahorra mucho tiempo para hacer otras cosas?

Imposible. Los españoles no llegan puntualmente a las citas, no por considerar que el tiempo es una cosa preciosa, sino al contrario, porque el tiempo no tiene importancia para nadie en España. No somos superiores, somos inferiores al tiempo. No estamos por encima, sino por debajo, de la puntualidad.

ACTIVIDADES

1. Responde a las siguientes preguntas de comprensión:

- ¿Por qué quieren encontrarse en un café los dos amigos?
- ¿A qué hora tenía que comenzar y a qué hora finalmente será el encuentro?
- ¿Se reúnen al final? ¿por qué sí o por qué no?
- ¿Qué dos opiniones aparecen en relación con el espacio y el tiempo?

2. Preguntas para hablar:

- ¿Con quién estás de acuerdo? ¿por qué?
- Escuchar el podcast [¡Me voy!](#) que hemos preparado en donde Delia cuenta su experiencia. ¿Te ha pasado algo parecido alguna vez?
- ¿Cómo compararías el uso del tiempo en España con el que se hace en otros países que conoces?

3. Ahora escribe un resumen del texto.

4. Elige 5 palabras nuevas que has aprendido y escribe 5 frases con ellas.

